

liéndome. ¿Que hago en la escuela un pinito didáctico? Ya está allí el fantasma, en figura de cualquier patán, que dice: «¡Bah! Eso lo hacía el otro (el otro es mi antecesor) mucho mejor y sin tantos requisitos» ¿Que salgo de paseo con los chicos? Entonces toma la apariencia de una vieja al sol, para afirmar: «¡Tanta pamplina de paseos! El otro no perdía el tiempo en esas cosas» ¿Que se me ocurre enseñarles una cancioncilla? Se aloja en el cuerpo astroso de todas las comadres vecinas, para gritar a coro: «¡Más le valía enseñar a leer, escribir y contar, como el otro, que en paz descanse!»

El otro, el otro... Siempre el otro, el fantasma. ¡Si al menos pudiera verlo, pelearme con él, ahuyentarlo! Pero, dígame: ¿Cómo se pelea con un fantasma? ¿Dónde se le arrima un estacazo a un fantasma? ¿Cómo se le retuerce el pescuezo a un fantasma? Alimentadas por esta lucha sorda, hasta he llegado a sentir terribles dudas en ciertas materias, por ejemplo: ¿Cómo se arreglaron las huestes de San Miguel para vencer a los secuaces de Satanás en la batalla del Empireo? ¿Dónde le daban los sablazos? ¿Cómo los asían y empujaban para echarlos del cielo?... Daría algo a quien me explicase por dónde se puede coger a un espíritu para zarandearlo y ahogarlo entre las manos...

Comprendí que aquel infeliz sufría una tremenda psicosis de inferioridad y me dispuse a alentarle.

—Lo que usted me cuenta, amigo mío, es grave, pero no tanto como se figura. En realidad, ese fantasma no es más que el pasado, que siempre nos parece mejor, y gravita sobre todos nosotros. Hasta que irrumpen las generaciones nuevas, que por ley natural se distancian y lo arrinconan; entonces el fantasma se encoge y desaparece. Si usted continúa en ese pueblo, afinca en él y en él muere, será también fantasma, para su sucesor, en tanto vivan quienes le recuerden. Después ..

—Comprendo. Siempre hemos de tener un fantasma ante nosotros.

—Eso es. Y mientras nos llega el turno de «fantasmizarnos», lo mejor es no hacerle caso, cumplir el deber, trabajar como si en nosotros empezara y acabara la vida.

—Todo eso es razonable; pero hasta que uno se acostumbra, ¡hay que ver los disgustos que puede dar un fantasma!

Dí la conversación por terminada: me había decepcionado. Yo esperaba una espeluznante historia de espectros enrabanados, ojos como brasas, rechinantes cadenas y carcajadas siniestras; lo que debe ser, en fin, una historia seria de aparecidos. Y ahora aquel individuo me salía con un fantasma, que no era fantasma.

Me sumí en la contemplación del paisaje. El sol mañanero doraba los humildes yerbajos y los pájaros, volando a contraluz, fingían chispas desprendidas de la hoguera solar. En los canchales más altos de la sierra violácea un girón de niebla se desperezaba como un fantasma... ¡Otra vez!

EUGENIO PAYO

## A misa de alba<sup>(1)</sup>

Alancéame las carnes,  
filo de la madrugada,  
alancéame las carnes  
mientras mi sombra se escapa  
de los opacos faroles  
por entre las luces pálidas...

Ladra un can a los hirientes  
sonidos de la campana  
de un retirado cenobio,  
de San Pablo o Santa Clara...

¡Campanas de las monjitas,  
llamando a misa de alba!

Un hombre pasa corriendo,  
lleva un brasero con ascuas  
y torbellinos le brincan  
de estrellas de oro y de plata...

Salta un felino, y un gallo  
acuerda su aguda flauta...

Marca el reloj una hora,  
y atruenan seis aldabadas  
en un portalón antiguo  
de vieja casona hidalga...

Nadie responde... La calle  
cruzan obscuros fantasmas...

Y en las melladas almenas  
se posa la luz del alba...

Sigue azotando mis carnes  
el filo de la mañana.

FR. ANTONIO CORREDOR. O. F. M.

(1) Del libro *Laud Seráfico*: ramillete de inspirados versos, a los que dedicaremos en nuestras páginas de crítica literaria toda la atención que se merecen.